Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

SEPAMOS PERDONAR
para que Dios nos perdone

Perdónanos... así como nosotros perdonamos... (Mt. 6, 16).

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla

Con licencia eclesiástica

I.S.B.N.: 84-7.770-131-8
D.L.: M-20.787-1988

Impreso en Gráficas Futura, S.C.L.
Villafranca del Bierzo, 23
Fuenlabrada-Madrid

Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACION

Aquí tienes, querido lector, un pequeño libro, que me he movido a escribir sobre el perdón de las injurias por creer que es un tema muy importante, por cuanto Dios nos exige que perdonemos a nuestro prójimo como condición indispensable para que El nos perdone.

Como veremos es muy justo y muy misericordioso que Dios exija, conforme a la parábola evangélica (Mt. 18, 23-35), el perdón de los cien denarios *que nos puede adeudar el prójimo, si queremos que nos perdone la suma fabulosa de los* diez mil talentos *que le debemos a El.*

En este pequeño trabajo puedes ver expuesto en 100 puntos de meditación: la obligación que pesa sobre nosotros de perdonar a nuestros enemigos, los ejemplos de Jesucristo y de los Santos y cómo hemos de perdonar, y a su vez los motivos y ventajas del perdón... y como consecuencia podrás reconocer que el acto de perdonar al enemigo, de amarlo, de reconciliarnos con él, lejos de ser una vileza, como hombres de espíritu pagano y materialista juzgan, es fruto de una virtud heróica.

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 2 febrero 1988

LA GRANDEZA DEL PERDON

Perdónanos, Señor...

1

Jesucristo nos enseñó la oración del Padrenuestro y nos dice en una de sus peticiones: *"Pérdónanos nuestra deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"* (Mt. 6, 12). ¿Qué pedimos aquí? Que se nos perdonen las deudas, pues "somos deudores, no de dinero, sino de pecados.

2

Cuantas veces, por tanto, digamos: *"Perdónamos, así como nosotros perdonamos,* digámoslo de corazón y hagamos lo que decimos. Es una promesa que le hacemos a Dios: pacto y convenio. Tu Señor Dios te dice: "Si perdonas tu, perdono Yo. ¿No perdonas? Contra ti fallas, no Yo" (San Agustín).

3

No perdonar es un pecado de tal naturaleza, que, sino perdonamos, Dios no nos perdonará. Y perdonar es un acto tan meritorio, que cumpliéndolo podemos estar seguros de perdón. Dios obra res-

pecto de nosotros según obremos con nuestro prójimo. Cuando perdonamos, Dios nos perdona; cuando nos vengamos, Dios nos venga. Así es que Dios nos ha dejado la elección del juicio que debe aplicársenos; suave, si perdonamos; inexorable, si conversamos odio contra nuestro enemigos...

4

Jesucristo lo dice así expresamente: *"Si vosotros perdonáis a otros sus ofensas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará"* (Mt. 6, 14-15).

5

Cierto día un amo, o más bien, digamos, Jesucristo, a un siervo que se le perdonó una gran cantidad de dinero que debía, como se portase mal con un compañero suyo que le debía una suma insignificante con relación a la que él se le había perdonado, le dijo: *"Siervo malvado, te perdoné yo toda tu deuda porque me lo suplicaste. ¿No convenía, pues, que tuvieras tu piedad de tu compañero, como la tuve yo de tí? Y el amo, irritado, le entregó a los ejecutores hasta que pagó toda su deuda. Así obrará mi Padre celestial,* concluye Jesucristo, *si cada uno de vosotros no perdona de corazón lo que su hermano le deba" (Mt. 18, 34-35).*

6

"Se os medirá con la medida que hayáis empleado para los demás" (Mt. 7, 2). *"Porque sin miseri-*

cordia será juzgado el que no hace misericordia" (Sant. 2, 13). *"El que se venga será victima de la venganza del Señor, que le pedirá exacta cuenta de sus pecados. Perdona a tu prójimo la injuria, y tus pecados, a tus ruegos, te serán perdonados"* (Eclo. 28, 1-2).

7

¡Cuán poco pide el Señor para perdonarnos! Santa Teresa de Jesús habla del perdón de las injurias y pide amor para ellos: "Miremos, hermanas, que no dice "como perdonaremos", porque entendamos que quien pide un don tan grande como el pasado, y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, que ya esto ha de estar hecho, y así dice: *como nosotros perdonamos.* Así que, quien de veras hubiere dicho esta palabra del Señor, *fiat voluntas tua* (=hágase tu voluntad), todo lo ha de tener hecho, con la determinación al menos. Veis aquí los santos se holgaban con las injurias y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían. ¿Que hará una tan pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar y tanto hay que se me perdone?"...

8

Jesucristo ha querido que pronunciásemos cada día estas palabras: *"Perdónanos... así como nosotros perdonamos..."*, "para que jamás podamos alegar ignorancia" (S. Agustín). El Juez eterno puede condenarnos con las mismas palabras que nosotros hemos pronunciado si no perdonamos de corazón.

9

¿Cuántas veces debemos perdonar?

Un día se acercó el apóstol Pedro a Jesús y le dijo: *"Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Jesús le respondió: No digo Yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete"* (Mt. 18, 21-22), es decir, siempre, pues el cristiano debe estar pronto a perdonar las ofensas recibidas del prójimo sin limitación ni fin.

10

Debemos perdonar siempre. Jesucristo lo dice así: *"Si siete veces al día peca contra ti y siete veces se vuelve a ti diciéndote: Me arrepiento, le perdonarás"* (Lc. 17, 4). Ahora bien, comenta San Juan Crisóstomo: Si tienes en cuenta el significado del número *siete*, verás que por *siete* ha de entenderse *todas las veces que te ofendiere;* porque se usa tomar el *siete* como símbolo de universidad, según aquel pasaje de la Escritura: *El justo, aunque siete veces caiga, otras tantas se levanta* (Prov. 24, 16), o sea, cuantas veces fuere humillado por la tribulación, otras tantas será librado y jamás abandonado".

11

No te dejes vencer del mal, antes vence el mal con el bien" (Rom. 12, 21). ¿Quién no triunfa del mal con el bien? No triunfa el que sólo es bueno en apariencia y es malo en el fondo; el que perdona con

la acción y luego es duro e inhumano en su corazón; el que tiene la mano dulce y la voluntad cruel. Tal es el hombre que oculta por hipocresía su odio y deseos de venganza. El perdón que no sale del corazón, nada vale, ni tampoco vale el arrepentimiento que no pasa de los labios..." (C. Alápide).

12

El perdón debe existir en el corazón y a la vez manifestarse exteriormente por medio de la reconciliación. El perdón exterior es necesario para edificar al prójimo, y el perdón interior para satisfacer a Dios que sondea los corazones. Perdonar interiormente sin querer perdonar exteriormente es un escándalo; perdonar exteriormente sin perdonar de corazón, es hipocresía.

13

"El que oculta en su corazón el recuerdo de las injurias, dice San Efrén, se parece al que alimenta una serpiente en su mano; se hace más daño a sí mismo que a los demás". "Hay, dice San Agustín, varias clases de obras de misericordia que practicadas nos sirven de poderoso auxilio para obtener el perdón de nuestros pecados; pero no hay ninguna tan grande como el perdonar de todo corazón las ofensas recibidas". "Lo que debéis hacer es perdonar en seguida al enemigo que os pide perdón".

14

El odio es un crimen

San Juan Evangelista nos lo dice así: *"Todo el que tiene odio a su hermano es homicida"* (1 Jn. 3, 15). En efecto, el que odia a su hermano le mata en su corazón, expulsándolo y deseándole el mal... Dios no perdonaa quien no perdona a su prójimo.

15

El odio al hermano y el amor de Dios no puede convivir en un mismo corazón. Lo afirma el mismo San Juan: *"Si alguno dijere: Amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente, porque si no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve"* (1 Jn. 4, 20).

16

Hay tres clases de homicidas: el homicida por la sangre, el homicida por la maledicencia y la calumnia, y el homicida por el odio.

17

El odio se compara con justicia a la abeja, que, para vengarse, introduce su aguijón en el cuerpo de lo que persigue, y no pudiendo sacarlo, pierde el aguijón y la vida. Así es que el que se niega a perdonar, murmura, hace ruido, se agita, y para vengarse y herir a su prójimo, se hiere a sí mismo el primero, matando a su alma con el pecado mortal. El salmista tenía a la vista esta semejanza cuando decía: *"Se*

han arrojado sobre mi como un enjambre de abejas" (118, 12).

18

Debemos perdonar

Dios ha impuesto a los cristianos la obligación no sólo de perdonar las injurias que hayan recibido, de no aborrecer a sus enemigos, y de no tratar de vengarse de ellos, sino también de amarles y hacerles bien. Oigamos a Jesucristo: *"Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen. Bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Al que hiere en una mejilla ofrécele la otra..."* (Lc. 6, 27-29).

19

También nos dice Jesucristo: *"Amarás al Señor, tu Dios, con todo corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste: Amarás al prójimo como a ti mismo. Estos dos mandamientos encierran toda la Ley y los Profetas"* (Mt. 22, 37-40). Aún más: *"Os mando que os améis los unos a los otros"* (Jn. 15, 17).

20

San Pablo escribiendo a los tesalonicenses les dice; *"Mirad que ninguno vuelva a nadie mal por mal, sino que en todo tiempo os hagáis el bien unos a otros y a todos"* (1 Tes. 5, 15). *"Tenemos este mandamiento de Dios, que el que ama a Dios ame también a su hermano"* (1 Jn. 4, 21).

21

El Señor dice en el Exodo: *"Si encuentras el asno de tu enemigo caido bajo la carga, no pases de largo; ayúdale a levantarlo"* (23, 5). Dice en adagio: "Haz bien y no mires a quien". Házselo a todos y a tu enemigo. No le guardes rencor, porque "el hombre rencoroso es muy culpable", como dice San Basilio.

22

Existe el precepto divino del perdón. Debemos, pues, perdonar. El Catecismo del Concilio de Trento sintetiza esta obligación diciendo: "El deber más alto y lleno de caridad, en que debemos ejercitarnos, es el de perdonar y condenar las injurias recibidas". "Sufría a vuestros enemigos, dice San Gregorio Magno, antes bien amad como hermanos a los que sufráis".

23

Dios está dispuesto a perdonarnos y es el único que puede perdonarnos, porque al fin de cuentas es el único ofendido por el pecado de los hombres. Y ¿a quién perdona? A todo aquel que implora seria y rectamente el perdón. "En cualquier hora que ruegues, dice Santo Tomás, puedes obtener misericordia si ruegas con arrepentimiento de tu pecado. Por muy pecador que sea un hombre, debe esperar que si se arrepiente y convierte perfectamente, Dios le perdonará", "pues *"Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva"* (Ez. 33, 11), y *"hace como que no ve nuestros pecados por espe-*

rarnos a penitencia" (Sab. 11, 24)..., pero advirtamos que para que El nos perdone, tenemos que perdonar antes nosotros a los que nos han ofendido... Veamos el ejemplo de Jesucristo y de los santos...

24

Ejemplo de Jesucristo

El ejemplo emocionante de Jesucristo debiera movernos a todos los cristianos a perdonar *de todo corazón,* y hasta con gozo y alegría, a todos los que nos hubieran ofendido, porque por grandes que sean las injurias de que hemos sido víctimas, jamás podrán compararse a las que recibió Jesucristo en su Pasión y muerte...

El practicó, a lo largo de su vida, y en grado heroico la doctrina del perdón. En el Evangelio vemos que lo otorgó generosamente a toda clase de pecadores: a la samaritana, la adúltera, a Zaqueo, a Mateo, el publicano, a María Magdalena, a Pedro, al buen ladrón, etc. El mismo Judas hubiera podido rehabilitarse totalmente si hubiera aceptado el perdón que Cristo le ofreció en Getsemaní de manera emocionante: *"Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?"* (Mt. 26, 40; Lc. 22, 48). Lo llama "amigo", como diciéndole: reflexiona, aún tienes tiempo de arrepentirte...

25

Donde llegó a su colmo la generosidad del perdón de Jesús fue en lo alto de la cruz, cuando tenía delante de El a sus enemigos. Cuando estos le insultaban y blasfemaban y hasta se burlaban de El di-

ciéndole que bajase de la cruz; sin bien El, como Dios omnipotente que era y podía haber hecho que se hubiera abierto la tierra y los hubiera tragado vivos como a Coré, Datán y Abirón, entonces Jesucristo levantando los ojos al cielo, exclamó con inefable compasión y dulzura: *"Padre perdónalos, que no saben los que hacen"*. Y momentos después, dirigiendo su mirada al ladrón arrepentido, le dijo: *"Hoy estarás conmigo en el Paraíso"...*

26

Jesucristo nos ha dado ejemplo en cada una de sus acciones, y de hecho nos dice: *"Yo os he dado ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho"* (Jn. 13, 15), y nos enseñó a vengarnos de nuestros enemigos con la oración, el perdón y el amor: *"Padre, perdónalos..."*. A veces cuesta perdonar cuando el culpable es vg. un asesino. No importa que no merezca el perdón. Lo merece Jesucristo, que nos enseñó a perdonar a nuestro verdugos, y lo merece nuestra propia alma, cuya salvación es imposible sin el previo perdón de nuestros propios enemigos.

27

El ejemplo de los Santos

Los Santos nos han dado los más hermosos ejemplos del modo de pedonar las injurias. San Esteban, imitando a Cristo, mientras lo apedreaban, cayó de rodillas y oró así: *"Señor, no les imputes este pecado"* (Hech. 7, 59-60). Y San Pablo puede decir: *"Hasta el presente pasamos sed y desnudez...;*

afrentados, bendecimos, y perseguidos, lo soportamos; difamados, respondemos con afabilidad (1 Cor. 4, 11-13).

28

Santa Juana de Chantal perdonó de tal manera al que mató a su marido, que llegó a ser madrina en el bautismo de uno de sus hijos; acción heroica que llenó de admiración al mismo San Francisco de Sales.

29

Cuando Luis XII, duque de Orleans, sucedió en el trono de Francia a Carlos VIII, hizo que le diesen la lista de todos los cortesanos de su predecesor que habían sido sus enemigos, y los marcó con una cruz roja. Estaban horrorizados. Habiéndoles hecho llamar les dijo: "Estad tranquilos; el rey de Francia no se vengará de las ofensas hechas al duque de Orleans. La cruz roja no tiene otra finalidad que recordarme que debo perdonar en nombre de la sangrienta muerte del Salvador Jesús, que nos enseñó a perdonarlo todo al derramar su sangre por los que le crucificaron".

30

Durante la Revolución Francesa, el carnicero Simón preguntó al hijo de Luis XVI, a quien estaba atormentando: "Dime, muchacho: si llegases algún día a ocupar el trono de Francia y me tuvieses en tus manos, ¿qué me harías?" Y el joven príncipe, edu-

cado cristianamente por sus padres, le contestó al instante: "Te perdonaría de todo corazón".

31

El Santo Cura de Ars recibió un día, inesperadamente, una tremenda bofetada. Y en el acto, dirigiéndose al malvado que de tal manera le había injuriado, le dijo con sonrisa en los labios: "Amigo, la otra mejilla tendrá celos".

32

Habiendo el hermano de Juan Gualberto, hijo de una poderosa familia de Florencia, sido asesinado en tiempos de disturbios por uno de sus enemigos, Juan resolvió hacer cuanto estuviese en su mano para vengar su muerte. No tardó en presentarse la ocasión. El mismo día de Viernes Santo halló a su enemigo en un camino estrecho, que ninguno ni otro podían evitarse. Juan echó mano de la espada, y se dispuso a pasarle el cuerpo.

Viéndose el asesino perdido, se arrojó a sus plantas, y con los brazos extendidos en cruz, le conjuró por la pasión de Jesucristo que no le quitase la vida. Gualberto conmovido por aquel espectáculo, le dijo: "No puedo negarte lo que me pides en nombre de Jesucristo; no sólo te concedo la vida, sino también mi amistad, y lo abrazó. Bendecido por Dios, sobre todo por esta generosa acción, Juan Gualberto llegó a ser un gran Santo.

33

El joven *Bartolomé Blanco Márquez,* cordobés, cuya causa de beatificación está en curso, siendo

apresado, por ser católico militante, el 18 agosto de 1936, al ponerle las esposas las besó con reverencia, dejando sorprendido al guardia que lo maniataba... Este joven que murió acribillado al grito de ¡Viva Cristo Rey!, escribió a su familia, vísperas de su martirio: "Os recomiendo que venguéis mi muerte con la venganza más cristiana: haciendo todo el bien que podáis por quienes creáis causa de proporcionarme una vida mejor. Yo los perdono de todo corazón, y pido a Dios que los perdone y los salve... Sea ésta mi última voluntad: Perdón, perdón y perdón, pero indulgencia que quiero vaya acompañada de hacerles todo el bien posible. Así, pues, os pido que me venguéis con la venganza del cristiano: devolviéndoles mucho bien a quienes han intentado hacerme mal".

34

Don Fortunato Arias Sánchez, que padeció también martirio durante nuestra Cruzada Nacional en la diócesis de Murcia el 12 de septiembre de 1936, pocos días antes de su muerte, escribe así a su hermano Félix: "Desde mi última carta las cosas han cambiado notablemente, y hoy sospecho con sobrada razón que me quedan pocas horas de vida. Perdono a todos los que sean o hayan de ser causantes o cómplices de mi muerte. Perdonadlos vosotros también, como nos manda la ley cristiana que profesamos.

Al descender del coche en el que le condujeron a las afueras de la ciudad, Dn. Fortunato preguntó a los milicianos cuál de ellos le iba a matar, y al que le responde: *yo*, largándole su reloj, le dice: "Pues to-

ma este reloj como recuerdo, sólo te pido que me dejes morir besando esta cruz...", y poniéndose de rodillas y besando el crucifijo, que luego de haberlo besado estrecha fuertemente contra el pecho, pronuncia estas palabras: "Que Dios os perdone, como os perdono yo. ¡Viva Cristo Rey!". E inmediatamente tres balas atravesaron sus sienes. Tan fuertemente tenía apretado el crucifijo que, ni después de muerto, se lo puedieron arrancar de las manos. (Véase éste y otros muchos ejemplos en mi libro: *"Florilegio de mártires")*.

35

Son muchísimos los ejemplos de almas santas que pudiéramos citar y sólo quiero recordar ahora las últimas palabras del Obispo de Barcelona Dr. Irurita, a quien al irlo a fusilar por aquellos días junto a los muros de un Cementerio, pidió a sus criminales unos segundos de gracia para decirles: "Os perdono y bendigo a vosotros y esas balas que me van a abrir las puertas del cielo". Son cientos los ejemplos igualmente notables del perdón de las injurias...

36

Finalmente diré de Santa Teresa de Jesús que se frotaba las manos de gusto cuando se enteraba de que alguien le perseguía o calumniaba. Había un procedimiento infalible para atraerse su simpatía y sus oraciones: insultarla a la cara o hablar mal de ella procurando que llegase a sus oidos. Sentía un placer tal en perdonar, que, si no fuera por la ofensa que hacían a Dios los que la injuriaban injustamente,

hubiera querido que el mundo entero se levantara contra ella, llenándola de insultos y calumnias. Así ha sido la manera de obrar de los santos: perdonar a todos sus enemigos y hacerles el mayor bien posible.

37

Los paganos también perdonaban a los enemigos

Se cuenta de Foción, general ateniense que, al ser condenado a morir envenenado, siendo inocente, en el momento en que el verdugo le presentaba la copa fatal, le preguntaron si algo mandaba para su hijo, y a esto respondió: "Sólo tengo que encomendarle que se olvide de la bebida que los atenienses me han presentado, y que bebo".

38

César Augusto perdonó a Cinna, que había tramado su muerte. Le mandó presentarse, y le dijo: Cinna, te predono la vida, aunque primero hayas sido enemigo mío, y luego un conspirador y un parricida. El emperador hasta llegó a ofrecerle el consulado. Tanta generosidad conmovió al cabo a Cinna, de modo que fue muy adicto a Augusto, quien, al morir, le dejó parte de su fortuna privada.

39

Cicerón llega a decir de Julio César: "No se suele olvidar de ninguna cosa si no es de las injurias". Y Séneca afirma que "el sabio es superior a la injuria".

40

Habiendo cierto sujeto injuriado a Aristipo de Cyrene, contestó el filósofo: "Tu puedes ultrajarme; pero yo puedo escucharte con calma".

El rey Antígonas tenía la costumbre de decir: "El perdón no es más poderoso que la venganza", y de Demóstenes se dice que habiendo sido insultado por uno de sus rivales, contestó: "No quiero trabar una lucha en la que es mucho más preferible ser vencido que vencedor".

41

Perdonar es vencer

Las almas perdonan. Decir que hemos de vengarnos perdonando y amando, es considerado por el mundo ciego como una paradoja, como una opinión loca y extravagante; y sin embargo es la más hermosa de las venganzas, es una venganza gloriosa y divina. Así se vengó Jesucristo del género humano culpable; así se han vengado también, como hemos visto, todos los Santos.

42

El juicio del mundo con relación al perdón de las injurias es un juicio equivocado. El mundo cree que la venganza perfecta del enemigo, la negación del perdón, es medio para obtener la victoria sobre él, pues el perdón lo considera como un defeto propio de las almas débiles... Este concepto mundano es propio del espíritu pagano y materialista, que hace consistir la grandeza en la fuerza y en el poderío ma-

terial. Sus filosofías no tienen otra meta y otro horizonte que la vida terrena, y viven sin esperanza de la eterna.

43

El acto de perdonar al enemigo, de amarlo, de reconciliarnos con él, lejos de ser una vileza es fruto de una virtud heroica. Por esta razón, el hombre que sabe olvidar y perdonar una ofensa, es sin duda alguna un hombre superior. Dueño de ira y de la pasión de la venganza, merece estimación y gloria. En consecuencia: Vengarse de una ofensa es ponerse al nivel de su enemigo; perdonársela es ponerse superior a él.

44

De una cosa fútil, dice Eurípides, la lengua imprudente hace surgir grande altercados, profundos odios y luchas deplorables; pero el hombre prudente se guarda muy bien de excitar querellas y provocar ofensas; con su magnanimidad calma los odios más terribles. ''Es preferible y es también más digno de un gran corazón el perdonar una injuria, que el quedar vencedor en una disputa''.

45

Uno de los sabios de Greica, Pitaco, que encontró un día ocasión de vengarse de una injuria, dijo: Mejor es el perdón que la venganza; el perdón es propio de un carácter pacífico, y la venganza no cuadra más que a un espíritu de fiera''. Y de Napoleón es esta frase: ''Podemos elevarnos por encima de los que nos insultan, perdonándolos.

46

Guardar silencio cuando nos insultan, dice Plutarco, es un acto grande propio de Sócrates y de Hércules; pues ambos despreciaban, como el susurro de un insecto, las palabras injuriosas. "Callarnos en presencia del que nos insulta, y responder nada al que nos provoca, es una victoria completa".

47

El hombre que así obra, halla su recompensa y su gloria en su paciencia y en la curación del prójimo. Así como no hay locura mayor que contestar a los que están furiosos, nada es tampoco más hermoso y más útil que guardar silencio cuando nos provocan; el hombre sabio y prudente no hace caso de las palabras injuriosas que le dirigen, recondando aquella sentencia de Séneca: "El vituperio de los malos es una alabanza".

48

San Juan Crisóstomo habla de modo admirable de la grandeza del alma, de la victoria del que perdona las injurias. Enseña que es preciso vencer a nuestro enemigo, no por venganza, sino por la paciencia, el desprecio de los ultrajes y las burlas. En los combates olímpicos, la ley era vencer causando daño al adversario; pero en la lid abierta por Jesucristo sucede otra cosa. No es aquí el que hiere debe ser condenado, sino el herido. Si estuviéramos llenos de masedumbre, seríamos invencibles y no podrían las ofensas hacernos mella. Preguntad a vuestro enemigo si no sufre y no se mira como vencido cuando os reís de sus insultos y los despreciáis.

49

Quien hace la injuria, al ser perdonado, ve inutilizado su ataque. Queda totalmente desarmado. Es una victoria sobre el injuriador. Es doctrina de San Pablo: *"Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Porque, haciendo así, amontonarás ascuas encendidas sobre su cabeza"* (Rom. 12, 20). Este fuego amontonado es el de caridad y del amor.

50

Tertuliano comenta: "El que hiere, lo hace por haceros sufrir, siendo vuestro dolor el fruto que quiere recoger. Así, pues, cuando burláis su esperanza no pronunciando ninguna queja, él es quien sufre por no haber conseguido su objeto. Así es que sólo os retiraréis sin herida, sino también en el placer de haber burlado el intento de vuestro adversario y de haberos librado de todo sufrimiento".

51

La injuria que se rechaza con nueva injuria establece una corriente en crecimiento continuo de odio mutuo. Por el contrario, el perdón ahoga el fuego, evitando daños ulteriores. El primero que recoge los frutos del perdón es aquel que lo otorga, sintiéndose lleno de paz y alegría después de su triunfo.

52

Preguntaban a Teodosio el joven por qué no castigaba severamente a los que le ultrajaban. "¡Ojala, contestó, pudiese yo dar vida a los muer-

tos, en vez de condenar a muerte a los vivos!". No hay corazón tan grande, tan noble, ni tan respetable como el que es bastante capaz para dar lugar al perdón. Y no hay corazón más vil, más mezquino y más digno de desprecio que el que jamás supo perdonar.

53

San Agustín dice: "Hay dos géneros de limosna: dar y perdonar; dar de lo bueno que tienes, perdonar el mal que te han hecho... ¿Hay alguien que esté furioso contra tí? El está furioso, tu ruega, él odia, tú ten misericordia. La fiebre de tu alma es quien te odia; cuando sane te dará gracias".

54

Devolvamos bien por mal, según la recomendación de San Pablo: *"No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien"* (Rom. 12, 21). He aquí la obra maestra de la caridad, uno de los actos más virtuosos y más santificantes que se pueden realizar. Cicerón decía que, al perdonar, "se toma la delantera al héroe para igualarse a la divinidad"; y Bourdaloue dice que es el mayor esfuerzo de corazón humano", del que es incapaz, añade, "sin una gracia especial". Es la mayor victoria que pueda tener el hombre sobre sí mismo.

55

Perdona y olvida

Fijémonos cómo olvida Dios. *"Todos los pecados que cometió no le serán recordados, y en la jus-*

ticia que obró, vivirá" (Ez. 18, 22). Este es el programa de Dios con relación a las ofensas que le inferimos. ¿Qué sería de nosotros si no las olvidase? Conforme, pues, a este modelo divino, debemos nosotros también olvidar las ofensas que nos han sido inferidas. ¿Cómo puede entenderse el verdadero perdón sin él?

56

No faltan algunos que con la capa de no poder olvidar quieren encubrir su odio, y así suelen decir: "Yo perdono, pero no olvido; o le perdono, pero no quiero verle", etc. Este no es verdadero perdón. ¿Qué sería de nosotros si, al comparecer delante de Dios, nos dijera: "Te perdono, pero no quiero verte? No prodríamos entrar en el cielo, ya que allí se ve y es uno visto por Dios continuamente.

57

Procura olvidar las injurias recibidas del prójimo y no hagas nada en daño de otro. Es cierto que a veces se hace difícil olvidar a personas que ofenden o causan algún mal a personas queridas. Esta antipatía es involuntaria, y lo que se ha de procurar es no fomentar esa antipatía o demostrarla exteriormente. Tengamos presente que nada es más grande, más noble ni más glorioso que olvidar un ultraje...

58

"Si te injurian, no respondas con afrenta a la afrenta. Ten paciencia del silencio, callándote vencerás más pronto" (San Isidoro) ¿Injurias a una

persona? Entonces no deshonras a quien la recibe sino a ti mismo que la infieres. Si eres hombre honrado, no te vengarás de una ofensa, preferirás perdonarla.

59

"Irrítarse por una injuria es casi reconocer que se merece: al despreciarla queda sin valor" (Tacito). La fiera dice: "basta", cuando no puede comer más; el hombre vengativo nunca dice "basta, porque en él la venganza es un monstruo insaciable.

60

Después de la injuria cuesta menos callar que seguir hablando de otra cosa (Ger-Mar). Olvida las injurias que te hubieran hecho los hombres, pero no olvides las lecciones que las injurias te enseñan (C. Arenal).

61

"Tres cosas hay muy difíciles: guardar un secreto, perdonar una injuria y emplear bien el tiempo. Vengarse de una ofensa es ponerse al nivel de su enemigo; perdonársela es ponerse superior a él".

62

La fuerza, ni hoy ni mañana, ni nunca está en el número sino en la razón, en la inteligencia y en la moralidad para hacerla valer... Cuántas votaciones en Parlamentos aprueban leyes poco justas. Por eso a veces "una persona puede tener razón contra todo el género humano" (C. Arenal). "El que mejor que-

da vengado es el que pudiendo vengarse, no se venga''.

63

Perdonemos de todo corazón por Dios...

Todo lo que debemos sufrir por Dios, a fin de que El también nos tolere. Sufrámonos unos a otros con paciencia, para que Dios nos sufra a todos con dulzura, indulgencia y misericordia... San Gregorio Nacianceno dice: ''Util y ventajoso es encadenar la audacia con la mansedumbre, y hacer mejores a los que ofenden, llevando con paciencia lo que nos hacen sufrir''.

64

Para que el perdón de las injurias sea auténtico sobrenatural y cristiano, ha de revestir las siguientes principales características: 1) *Pronto.* Según dice el apóstol: *''no se ponga el sol sobre vuestra ira''* (Ef. 4, 26), pues sería un verdadero desorden continuar con la ira exterior hasta la hora de ponerse el sol; mas lo relativo a la reconciliación exterior, se debe procurar hacerla en el tiempo oportuno... 2) *Espontáneo*, no coaccionado por nadie... 3) *Sin límite...* ''Hasta setenta veces siete'', o sea, siempre 4) *De corazón*. No basta el perdón *exterior*, es necesario hacerlo *de todo corazón...* y 5) *Por amor a Dios*. Esta es la condición más importante y fundamental para que nuestro perdón tenga verdadero sentido sobrenatural y meritorio.

65

No hemos de diferir el perdón. Comentando San Agustín estas palabras: *"No se ponga el sol sobre vuestra ira"*, dice: "Haced que el sol no se ponga sobre vuestra ira, para que Jesucristo no abandone vuestra alma; pues Jesùcristo no quiere habitar con la ira y el odio. Arrojadlos de vuestro corazón antes que desaparezca la luz visible, a fin de que Jesucristo, que es la luz invisible, no os abandone".

66

También Jesucristo nos dice: *"Si vas a presentar una ofrenda ante el altar allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí la ofrenda ante el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a presentar tu ofrenda"* (Mt. 5, 23-24). Notemos que Jesucristo no dice: Si tenéis odio, dejadlo, sino que, si vuestro hermano os tiene también algún odio, id los primeros a suplicarle que lo deje. Id allí antes de hacer la ofrenda de vuestro corazón y de vuestras oraciones a Dios, antes de entrar en el lugar santo, antes de confesar o comulgar...

67

Es una ceguedad y una desgracia no tratar de reconciliarse, y no dar también los primeros pasos. Sumergidos en las tinieblas del error, los mundanos miran como vergonzoso y degradante el tomar la delantera; pero se engañan, por que nada es más honorífico que cumplir un acto de virtud heróica, tal como el de aquí se trata. He aquí porque, aunque

sea menos culpable, y aunque no tenga culpa alguna, el que previene a su adversario y le brinda con la paz, es sin duda alguna estimable, generoso, noble y magnánimo. Vencedor de la ira y del odio, merece elogios, gloria y recompensa, porque aniquila los pensamientos y los proyectos hostiles que existían en sí mismo y en el corazón de sus enemigos.

68

"Imita a la divinidad. Dios, infinitamente grande, a quien debemos todos honor y gloria, ¿no previene con su gracia a los pecadores que son sus enemigos? ¿No les advierte, no les insta para que se reconcilien con El y acepten su perdón? ¿No ha enviado con este fin a Jesucristo, su único Hijo, según las palabras del apóstol: *"Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo?* (2 Cor. 5, 19). Con su ejemplo, Dios honró y glorificó el acto de reconciliarse con su enemigo y de dar los primeros pasos en este sentido. ¿No fue Jesucristo el primero a recibir a Judas que se presentaba para hacerle traición y entregarle a los verdugos? ¿No le dio el nombre de amigo? ¿Quién se atrevería a creer deshonroso lo que Dios considera muy honorífico?"...

69

A consecuencia de la orgullosa terquedad que se niega a adelantarse, se perpetúa las enemistades, los odios y las venganzas entre los pecadores del mundo; ninguno quiere empezar a reconciliarse, ni mucho menos a pedir perdón, aunque sea el primer agresor. Y ordinariamente el más culpable es el que manifiesta más terquedad en dar un paso tan her-

moso, tan edificante, tan honorífico y digno de elogio. Que dé mi adversario los primeros pasos, decís; y si vuestro adversario dice lo mismo, moriréis ambos sin haberos reconciliado, hablado ni visto; abandonaréis la tierra con el odio en el corazón, dejando por todo recuerdo un horrible escándalo, y os presentaréis así ante el tribunal de Dios. ¡Ah estáis ya juzgados y condenados!"... (C. A. Lápide).

70

El que se reconcilia primero, da prueba de tener un alma liberal, dueña de la ira y del odio, un alma dulce y generosa, y, aun diremos más, un alma celestial y divina. ¿No bajó el primero Jesucristo para llamarnos a su regazo, reconciliarnos y perdonarnos? Y sin embargo, era inocente; y nosotros éramos culpables, y muy culpables. No puede llamarse cristiano ni discípulo de Jesucristo sino el que imite al Salvador y de los primeros pasos...

Sólo es propio de un alma pequeña y mezquina mantener enemistades; y por el contrario, hacerlas desaparecer es propio de un alma grande y elevada.

71

Ventajas en el perdón de las injurias

El que os insulta os pone en el caso de ejercer un acto de gran virtud y de mucho mérito; os da ocasión de ganar una victoria y de conquistar una corona. No os hace, pues, daño alguno; antes, al contrario, proporciona un bien, si sabéis tener paciencia. Los que os atacan de palabra y de hecho, no son

enenmigos, ni verdugos, sino expendedores de coronas; lejos de dañar nos sirven...

72

Los que sufren con resignación una ofensa, *quedan victoriosos del demonio*, que ha hecho nacer el insulto, y les impele a la ira y a la venganza; *del insultador*, que va inutilizando su ataque; *y de sí mismo*, habiendo podido ceder al deseo de castigar a su adversario. Y triunfan ante Dios, que los recompensa con abundantísimas gracias, destinándolas la gloria eterna; y finalmente ante las circunstancias y testigos, que admiran su prudencia, su paciencia, su bondad, su caridad, y se sienten inclinados a imitarles...

73

Cuando alguien os insulta, dice San Juan Crisóstomo, no le echéis la culpa, sino al demonio, que le impele, y hace recaer sobre este último toda vuestra ira; en cuanto al desgraciado que sigue el impulso del enemigo, compadecedle. "Si tengo paciencia en las injurias, dice Tertuliano, no sufriré y no sufriendo, no desearé vengarme".

74

Sacáis tres ventajas de la paciencia que manifestáis, y del perdón que concedéis a los que os insultan. Sois victoriosos contra vuestro enemigo, edificáis al prójimo, y merecéis, las recompensas del Señor, vuestro Dios. Así Saul, conmovido por un beneficio de David, reconoció sus yerros, y le dijo:

“Eres mejor que yo; pues me has hecho bien, y yo te he pagado con ingratitud”. Nuestra caridad y nuestra paciencia son el tormento del infierno, devorado de envidia, de malicia y de odio...

75

Los hombres crueles y sin piedad están expuestos a la venganza de cualquiera; a cada paso tienen que temer su ruina, porque su iniquidad les precede y el odio de Dios y los hombres les persiguen. Por el contrario, los hombres de misericordia, los que saben perdonar, no tienen que temer injuria ni violencia, porque su dulzura, la gracia de Dios y la amistad del prójimo les preceden, los acompañan y les siguen...

76

No neguemos jamás el perdón

Santo Tomás Moro decía: “¡Cuan apartados están de la virtud, madre del perdón, la mayor parte de los hombres! Muchos de ellos escriben los beneficios en la arena, y graban las ofensas en el mármol”. Si somos nosotros buenos cristianos ¿qué hemos de hacer, sino escribir las injurias en la arena para que se borren pronto, y los beneficios en mármol?

77

El que dice que está en la luz (de la razón, del Evangelio, de la fe, de la gracia), y aborrece a su hermano, está aún en las tinieblas, dice el apóstol San Juan. El que ama a su hermano (y le perdona las

ofensas), vive en la luz, y no hay motivo de tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda a oscuras, sin saber adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos (1 Jn. 2, 9-11).

78

Si habéis empezado a ser hombre de luz, dice San Cipriano, conducíos como corresponde a un discípulo de Cristo, pues Cristo es luz y día, que nos advierte, diciendo: "Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas". ¿Por qué abandonándoos a la ceguedad del odio, apagáis en vosotros toda luz de paz y caridad? ¿Por qué volvéis al demonio, a quien habéis renunciado? ¿Por qué os parecéis a Caín?

79

Cierto no hay vicio que extravíe tanto la razón y haga tan malo al hombre, como la ira, la envidia y el odio... Son la ceguedad espiritual y la perversidad del corazón las verdaderas causas de las injurias que se cometen y de que se niegue el perdón de las que se han recibido.

80

No nos avergoncemos en perdonar

San Agustín nos dice: "¡Qué!, tantos hombres, mujeres, niños y nobles y delicadas vírgenes, han sufrido con ánimo sereno ser arrojados al fuego y expuestos a las fieras, y ¡decimos nosotros que no podemos sufrir las injurias de los hombres! No puedo

comprender con qué frente, con qué conciencia deseamos participar en compañía de todos los Santos, en la eterna bienaventuranza, nosotros que nos negamos a imitar su ejemplo en las cosas más insignificantes".

81

"El que se irrita enseguida, queriendo manifestar que no merece una injuria, prueba que la merece. Así pues, el que desprecia una injuria es más digno de estimación que el que se queja de ella; porque el que la desprecia prescinde de ella como si no la sintiese, en tanto que el que de ella se queja da a conocer que ha sido su tormento" (San Ambrosio).

82

"En las injurias y ultrajes, el vencedor es más débil y miserable que el vencido, pues sale de la lucha más cargado de faltas"... (S. Basilio). "Más vale ser vencido, dice San Gregorio Nazianceno, conservando la decencia, que vencer con peligro e injusticia. Los que aman las contiendas, buscan su gloria en una cosa evidentemente mala, y se glorían de su deshonra".

83

El mismo San Gregorio Nazianceno dice: "Nadie es más fuerte que el que está resuelto a sufrirlo todo. Pero tampoco nadie es más débil y corbarde que el que nada puede sufrir, ni siquiera una palabra". "Si os irritáis contra el que os injuria, dice San Basilio, probáis que merecéis el ultraje que os

ha hecho. Pues ¿qué cosa más insensata que la ira? Pero, si tenéis calma, cubrís de vergüenza al que os insulta''.

84

"¡Oh! Dios insultado, se porta de una manera muy diferente que los hombres. El hombre os prepara la venganza; Dios os prepara el perdón y la reconciliación. El hombre se irrita para perder, y Dios para corregir y salvar. El hombre obedece a la pasión, a la ira, al odio; y Dios obra sin emoción y por razón. El hombre se venga; y Dios ejerce su justicia, su clemencia y su dulzura. El hombre obra pronto y como ciego; y Dios obra con lentitud e inteligencia. El hombre no pesa lo que dice ni lo que hace, y Dios obrà con peso y medida''.

85

El hombre que insulta y el que no puede sufrir el ultraje, ambos están atormentados por la injuria, la ira, la envidia, el odio y los proyectos de venganza; son aborrecidos de Dios y de los hombres... "Despreciando los hombres rencorosos la humildad, dice San Agustín, quieren vengarse: como si el mal de otro pudiera serles útil. El que ha sido ofendido quiere vengarse, busca aplacar su pena con el mal de otro; y consigue gran tormento.

Creéis que es mucho vengaros de vuestro enemigo; pero, si queréis absolutamente una venganza, volveos contra vuestra ira, que es vuestra verdadera enemiga y mata vuestra alma. Por esto debéis orar a Dios para que extinga, no a vuestro enemigo, sino

vuestra enemistad: obrar así es una santa venganza".

86

El que se venga para proporcionarse un placer cruel, imita a los malignos espíritus que nos hacen todo el mal que pueden por pura perversidad. Pero, como el vano placer que encuentran en perseguirnos y hacernos desgraciados no dulcifica sus suplicios, el placer que el hombre vengativo saca del odio y de la venganza no dulcifica tampoco sus males y sus tormentos, sino que, al contrario, los aumenta... Por eso dice el Crisóstomo: "El que trata de hacer mal al prójimo, no llega nunca a perjudicarle; pero se prepara un tesoro de tormentos que no han de acabar jamás. Los hermanos de José le cubrieron de gloria al perseguirle, y se llenaron de ignominia".

87

No hay hombres tan desgraciados como los que no quieren perdonar. La vista de su enemigo los atormenta, y pensar en él es un suplicio. Si alguno alaba al enemigo, le estima o le ayuda, es cosa que les pone enfermos de envidia o de furor; si prospera, su prosperidad los mata. Jamás tienen reposo: su conciencia los fatiga, tienen siempre presentes sus crímenes, la justicia de Dios les persigue, la imagen de su enemigo les acompaña, y el odio y la indignación pública les siguen; se desgarran a sí mismos, como si se aborreciesen, y en una palabra, encuentran el infierno en la tierra... (C. A. Lápide).

88

Dejemos a Dios el cuidado de vengarnos

San Pablo dice: *"No es toméis la justicia por vosotros mismos, carísimos míos, antes de dar lugar a la ira de Dios; pues escrito está: "A mi la venganza, yo haré justicia, dice el Señor"* (Rom. 12, 19). Dejad obrar la ira de Dios, es decir, guardad silencio, ceded al hombre arrebatado, sufrid con paciencia sus ofensas, perdonadle, dilatad vuestro corazón para llenarlo de caridad; y si vuestro enemigo no se aprovecha del ejemplo que le dáis, tendrá que responder a Dios de su conducta. *"A mi me pertenece la venganza, y la cumpliré"*, dice el Señor.

89

"Por más que hayáis sufrido, dice Platón, jamás debéis insultar ni vengaros" "No digas: Me vengaré, espera en el Señor que El te librará" (Prov. 20, 22) *"No digas: Me vengaré,* pues devolver mal por mal no es un acto de justicia, sino de venganza; acto prohibido por el derecho y por las leyes. Es preciso rechazar la injuria con el escudo de la paciencia, y no con el dardo de la venganza...

Espera en el Señor, confía en El, que te librará y salvará. Esto significa que el ofendido debe desear su libertad, pero no el castigo del provocador. Esto quiere también decir que el hombre insultado y herido debe recurrir, no a sus amigos, ni a sí mismo, ni a gente armada, sino a Dios; y no debe ver más que a Dios, poner en El sólo su confianza, y esperar de El la libertad. Debe abrazarse a la cruz con todo su corazón y aplicarla a sus heridas como un remedio efi-

cacísimo. Jesucristo está siempre pronto a venir en auxilio del afligido y del que le invoca...

90

He aquí los motivos que nos obligan a perdonar: 1.° Hemos ultrajado a Dios mil veces más de lo que nos han ultrajado; y por lo mismo tenemos una necesidad inmensa de que Dios nos perdone... Pero Dios no nos perdona, sino con la condición de que nosotros también perdonemos: debemos, pues, perdonar. 2.° Nuestra debilidad. No hay crimen cometido que no pueda cometer cualquier hombre, como dice San Agustín, si le abandona Dios, que nos ha creado y nos dirige. Seamos, pues, indulgentes para los que nos ofenden. 3.° Nuestro parentesco en Adán y en Jesucristo. Recordemos que somos miembros de otros (Ef. 4, 25). Además todos somos creados a imagen de Dios..., hijos de Dios, rescatados con la sangre de Jesucristo, hijos de la misma Iglesia, y tenemos necesidad de indulgencia por ser débiles y pecadores...

91

Hemos de decir con un corazón contrito y humillado: He ofendido a Dios mortalmente, he merecido sufrir durante toda la eternidad, y ser insultado, despreciado y atormentado en el infierno: ¿no sufriré con resignación una palabra, un pequeño desprecio de uno de mis semejantes? ...Si se supiere todo lo que he cometido, mucho más se diría y se haría... Esta injuria, esta afrenta no es la milésima parte de lo que merezco... Por eso dice San Gregorio Mag-

no: Todas las injurias que pueden dirigirnos, nada son si las comparamos con lo que merecemos. De aquí que más bien merecen reconocimiento que ira...

92

Hay otros dos poderosos motivos que nos obligan a perdonar: el primero es la suerte del hombre que no perdona, atormentado por su conciencia, aborrecido de Dios y de los hombres, y maldecido por el cielo y la tierra..., el segundo es la felicidad que experimenta el que sabe perdonar generosamente, pues tiene la paz del corazón, la tranquilidad de la conciencia, es amado y honrado, bendecido de Dios y de los hombres, pasa una vida feliz, tiene la muerte de los justos, y se asegura la posesión del cielo...

93

Se refiere de Santa Teresa del Niño Jesús, que una novicia la había ofendido y fue a pedirle perdón. Teresita pareció muy emocionada y dijo: "¡Si supiese usted lo que yo siento! Nunca había comprendido tan profundamente el amor con que nos acoge Jesús, como cuando después de cometer una falta le pedimos perdón. Si yo misma, su pobre y pequeña criatura, siento tanta dulzura en este momento con usted, que ha venido a pedirme perdón, ¿qué sentirá el Corazón suavísimo de Dios, si nos dirigimos a el con arrepentimiento?"

94

Asi como el fuego apaga el agua, la paciencia y la bondad apaciguan el odio y la sed de venganza. Asi como una bala de cañón pierde su fuerza si da contra un saco lleno de lana, las injurias se detienen ante la mansedumbre. Y así lo dice San Gregorio Niseno: "Las injurias y las afrentas se estrellan ante la dulzura". Si queréis vivir felices y vengaros de vuestro enemigo, dice el abab Agalón, sed semejantes a una estatua, que no se irrita cuando la insultan, ni se enorgullece cuando la alaban".

95

Conclusión

Sepamos perdonar para que Dios nos perdone. Negar el perdón es señal de condenación y concederlo a nuestros hermanos es merecer y asegurarnos nuestro propio perdón cerca de Dios. ¿Quieres saber, dice un piadoso autor (P. Cuttuaz O. C.), si Dios os ha devuelto su amistad y su gracia? Es fácil. ¿Habéis cumplido la condición indispensable, perdonar a los que os han ofendido? Si es así, estad tranquilos. Si es que no, tened cuidado: mientras no hayáis perdonado, no seréis perdonados.

96

¿Han hablado mal de nosotros? Han hecho mal. Pero, en lugar de tratar de vengarnos, ¿no haríamos mejor examinándonos para ver si lo que nos reprochan es verdad? ¿Han hablado mal de nosotros? Pero quizá hemos hablado nosotros mal de otros,

delante de ellos y con ellos, y les hemos arrastrado a este pecado con nuestros ejemplos. ¿Por qué poner toda la culpa del lado de nuestro prójimo, cuando a menudo está también del nuestro? Suponemos en él negras intenciones que él no quiso darle. Vemos maldad donde no hay sino ligereza, y malas intenciones donde no hay sino falta de atención.

97

Este prójimo os ha causado daño o disgusto? No es como para indignaros, para encolerizaros, para tratar de vengaros: no tenéis que castigarle, sino socorrerle y sanarle. ¿Os enfadáis? ¿Os turbáis? Quizas es esto lo que él buscaba: ya ha conseguido su deseo. ¿Por qué le concedéis esta mala satisfacción? Dadle, por el contrario, prueba de la perfecta posesión de vosotros mismos. Mostraos superiores a él, más fuertes, más grandes, más generosos, más divinos, devolviendo bien por mal, según la recomendación de San Pablo: *No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien* (Rom. 12, 21).

98

¿Se puede castigar alguna vez en vez perdonar? Conforme a la doctrina del Evangelio hemos de perdonar siempre, pero teniendo en cuenta las sanciones necesarias, cuando por el bien público, la justicia debe en principio castigar los crímenes y que no puede "perdonar", y cuando por el bien de los que debe formar, el educador no puede dejar todas las faltas sin castigo, para que el temor de él les inspire temor a la falta. Hay casos en que el castigo —impuesto sin odio, no por vengarse, sino para co-

rregir una mala tendencia y prevenir las recaidas— lo exige la misma caridad.

La palabra del Maestro: *Si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra* (Mt. 5, 39), no indica una obligación estricta. Significa que el cristiano no debe caer en el pecado de cólera o de la venganza, sino esforzarse en ganar al ofensor con su mansedumbre, y, en ciertos casos sufrir la injusticia sin defenderse por la fuerza, como lo hicieron los mártires.

Esta enseñanza no condena a los que recurren a los tribunales civiles o a la política para defender sus derechos... (Véase *"Teología de la Caridad"*, Royo Marín).

99

Dios ama infinitamente al pecador, y odia infinitamente el pecado, y está dispuesto siempre a perdonar al pecador arrepentido. Todos somos deudores de Dios por los bienes que de su bondad hemos recibido y deudores de pecado u ofensas que le hemos hecho. Reconozcamos lo que debemos a Dios y que no somos merecedores de tantos bienes recibidos gratuitamente de El.

Viene a mi mente el ejemplo de un niño, que me hizo gracia al oirlo, y puede servir de enseñanzas para niños y mayores.

Juanito oye que su padre lee a la mamá la cuenta del pintor, que acaba de decorar el piso. Al oir los asientos de la cuenta, piensa el niño: "Tu también podrías presentar una factura a mamá". Y con toda prisa anota. "Por traer panecillos, 5 céntimos; por limpiar zapatos, 10 céntimos, etc. hasta que su

cuenta sube a una peseta. La madre mira aquella factura, se calla, y por la noche Juanito encuentra en el puesto que suele ocupar en la mesa, una peseta. Quietecito y gozoso se la pone en el bolsillo.

Pero a la mañana siguiente encuentra en su puesto, en la mesa, otra hoja de papel: "Factura de mamá a Juanito: Por 10 años de alojamiento 0, 00 ptas.; por 10 años de manutención 0, 00 ptas.; por cuidarle las enfermedades, 0, 00 ptas.; por remendar vestidos y calcetines, por lavado y planchado de ropa, 0, 00 ptas.; y total 0, 00 ptas.

Ante este ejemplo ¿podríamos decir: Señor, por el bien que he hecho, por mi trabajo en el apostolado, por... no soy merecedor de algo? Reconozcamos que somos siervos inútiles y no hemos hecho sino lo que teníamos que hacer... ¿Y por los pecados y ofensas hechos a Dios, qué mereceré?... Sepamos perdonar y agradecer a Dios tantos beneficios como nos ha hecho.

100

Terminemos este pequeño trabajo indicando con San Juan Crisóstomo nueve grados en el amor de los enemigos: el primero consiste en no tratar de perjudiciales...; el segundo en no rechazar con la injuria la injuria que dirigen...; el tercero, en no perder la calma... el cuarto, en no huir de las afrentas...; el quinto, en aceptar voluntariamente un ultraje mayor que el que se nos haya inferido...; en no aborrecer al que injuria...; el séptimo, en amarle...; el octavo, en colmarle con gusto de beneficios..., el noveno, en rogar a Dios por él.

INDICE

LA GRANDEZA DEL PERDON

— Pérdónanos, Señor...
— ¿Cuántas veces debemos perdonar?
— Debemos perdonar.
— Ejemplo de Jesucristo.
— El ejemplo de los Santos.
— Los paganos también perdonaban a los enemigos.
— Perdonar es vencer.
— Perdona y olvida.
— Perdonenos de todo corazón por Dios...
— Ventajas en el perdón de las injurias.
— No neguemos jamás el perdón.
— No nos avergoncemos en perdonar.
— Dejemos a Dios el cuidado de vengarnos.
— Conclusión.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia Explicada (Para mejor entenderla)........
La Biblia Ilustrada Compendiada...................
La Biblia más Bella...............................
La Biblia a tu alcance............................
Curso Bíblico Práctico............................
Catecismo de la Biblia............................
Historia Sagrada o de la Salvación................
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas. (Es completo, con versión del original)...............
Tesoro Bíblico, Teológico.........................
Evangelios y Hechos Ilustrados....................
Jesús de Nazaret..................................
Dios te Habla (libro bíblico).....................
El Catecismo Ilustrado............................
El Catecismo más Bello (Primera Comunión)..........
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos.............
Tesoro del Catequista: Astete explicado...........
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo).........
Bautismo y Confirmación...........................
Catequésis Bíblicas...............................
¿Existe Dios?.....................................
¿Existe el Infierno?..............................
¿Existe el Cielo?.................................
¿Quién es Jesucristo?.............................
¿Quién es el Espíritu Santo?......................
¿Por qué no te confiesas?.........................
¿Por qué no vivir siempre alegres?................
¿Seré Sacerdote?..................................
Para ser Santo....................................
Para ser Sabio....................................
Para ser Feliz....................................

Para ser Apostol..............................
Para ser Católico Práctico....................
La Buena Noticia..............................
La Caridad Cristiana..........................
La Bondad de Dios.............................
La Santa Misa explicada.......................
La Virgen María a la luz de la Biblia.........
La Penitencia, qué valor tiene................
La Formación del Corazón......................
La Formación del Carácter.....................
La Reforma de una Parroquia...................
La Matanza de los Inocentes (aborto y divorcio)....
La Senda Desconocida (La virginidad)..........
La Cruz y las cruces de la vida...............
La Religión Verdadera y las diversas sectas........
La Edad de la Juventud........................
Los Diez Mandamientos ¿Qué valor tienen hoy?.......
Los Grandes Interrogantes de la Religión...........
Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia.........
Los Testigos de Jehová........................
Los Males del Mundo...........................
Los Ultimos Tiempos...........................
El más Allá...................................
El Diablo anda suelto.........................
El Valor de la Oración........................
El Valor de la fe cristiana...................
El Padrenuestro, la mejor Oración.............
El Pueblo pide Sacerdotes Santos..............
El Dios Desconocido...........................
El Camino de la Juventud......................
El Niño y su educación........................
El Mundo y sus peligros.......................
El Sagrado Corazón de Jesús...................

Diccionario de Espiritualidad........................
Historia de la Iglesia.............................
Vida de San José...................................
Pedro, Primer Papa.................................
Flor de un Convento................................
Florilegio de Mártires.............................
Somos Peregrinos. Estamos aquí de paso.............
Vamos de Camino....................................
Tu Camino (Vocacional).............................
Misiones Populares ....
De Pecadores a Santos..............................
Pecador, Dios te espera............................
Joven, Levántate...................................
Tu Conversión; no la difieras......................
Siembra el bien....................................
Lágrimas de oro, o el problema del dolor...........
No pierdas la juventud.............................
Siguiendo la Misa..................................
Visitas al Santísimo (para cada día del mes).......
Hablemos con Dios (visitas al Santísimo)..........
Dios vive entre nosotros (Eucarístico).............
Las Almas Santas...................................
Errores Modernos (comunismo, socialismo marxista)..
Marxismo o Cristianismo............................
Doctrina Protestante y Católica....................
Salmos y cánticos comentados conforme el Breviario.
La esperanza en la otra vida............
La Eucaristía.¿Para qué oir la Misa?.....
La educación sexual.¿Qué decir de la masturbación?...........................
Sepamos perdonar........................
Vive en gracia..........................
Valor de la limosna.....................